

PALIQUE

— ¡Se le saluda, Doctor!
 — ¡Se le corresponde, señor Alcalde! —
 ¿Dónde por aquí?

— Con dirección á la Escuela.

— ¿Ocurre algo de particular en ella?

— Nada, que yo sepa; pero hace un mes que no veo al Maestro, y voy á preguntarle por el comportamiento que, en ese tiempo, han tenido mis hijos, Pepito y Luis.

— Á las diez de la mañana, y para un asunto particular, no debe visitársele en la Escuela, señor Alcalde.

— ¿Usted cree que será molesto?

— Claro que sí, aunque, por educación, el Profesor no lo diga ni lo demuestre en su semblante. Figúrese que un vecino del pueblo fuera con un asunto suyo, personalísimo, á llamar la atención de usted, á distraerle, en el momento de celebrar sesión con el Ayuntamiento, ¿sería bien acogido?

Yo mandaría con cajas destempladas al importuno que se obstinara en verme, en el momento de encontrarme, bisturí en mano, dispuesto á practicar, en el doliente, una difícil y arriesgada operación. Pues bien, señor Alcalde, el Maestro es un constante operador que, armado de paciencia y de bondad sin límites, labra la inteligencia de nuestros hijos, operando sobre ella, un día y otro, hasta hacer que desaparezca la tosca corte-

za que la envolvía, y que brille con los destellos de la razón. Él les hace amar lo bueno, lo justo, lo bello, y aborrecer lo malo, sembrando en su corazón ideas generosas, la semilla del bien, para que en su día fructifique.

No interrumpáis, pues, al Maestro; dejadle á solas con sus discípulos y visitadle en su casa, donde, seguramente, os recibirá con su amabilidad acostumbrada.

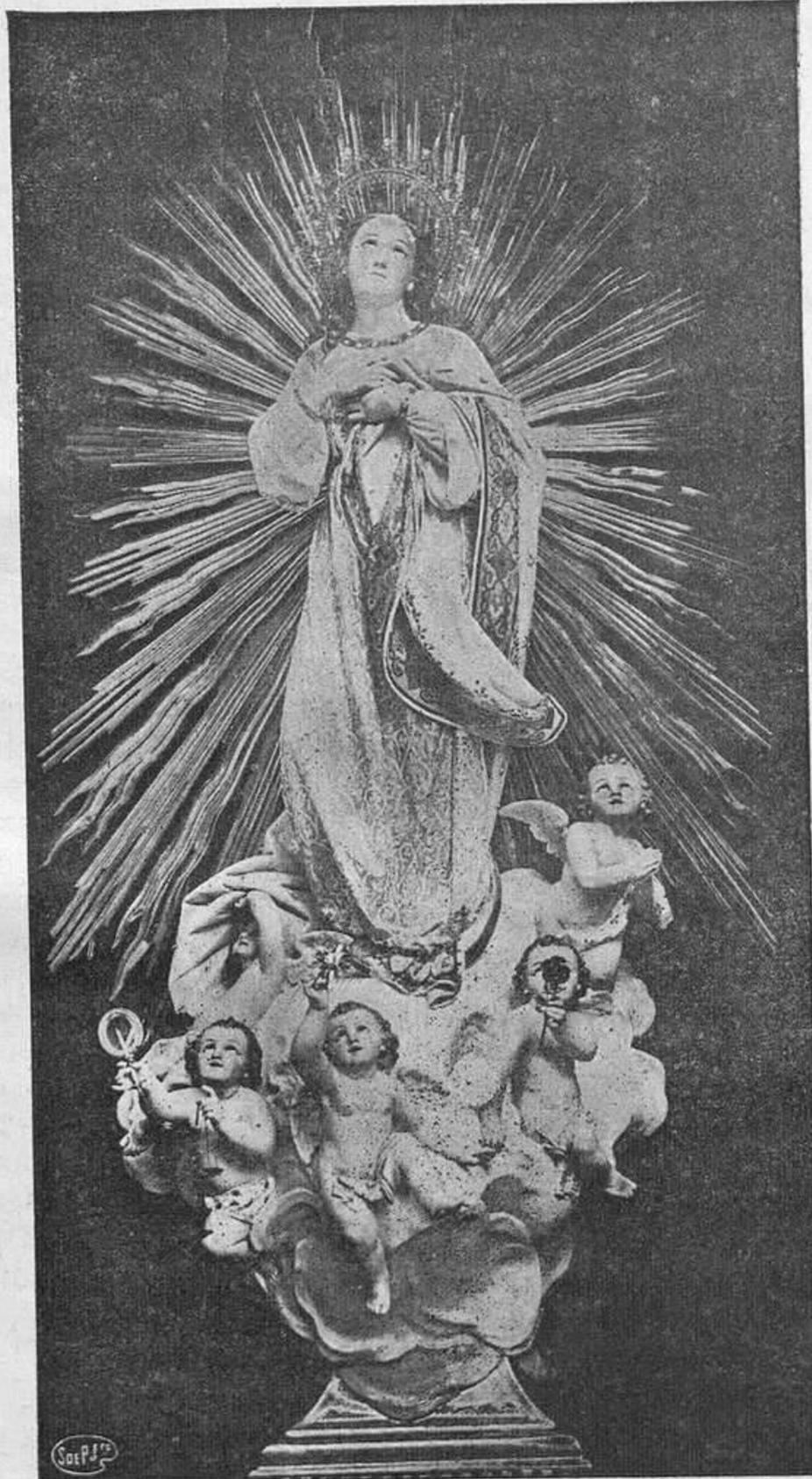
— Tenéis razón, Doctor, veré á D. Fernando, no en la Escuela, y le preguntaré si mis hijos, que ya tienen once y diez años respectivamente, poseen bastante inteligencia para hacer, del mayor, un ingeniero, y del menor, un abogado. ¿Qué le parece esta idea?

— Excelente, como me parecen todas las que un padre acaricia para el mayor bien de sus hijos; pero ¿usted ha explorado ya las aptitudes de cada uno de ellos para señalarles, así, tan categóricamente, la profesión á la que han de dedicarse?

— Yo supongo que, diciéndome el Maestro que tienen buena disposición, podrán seguir, sin inconveniente alguno, la carrera que yo les elija.

— Error, señor Alcalde, error; no basta que ese buen Profesor

diga á usted si Pepito y Luis tienen ó no precoz inteligencia; es preciso que además le explique las aptitudes de cada uno, esto es, la predilección que muestren por una determinada ciencia, arte ú oficio; la facilidad con que ejecuten ó comprendan; el gusto ó aversión que mani-



La Inmaculada Concepción.

fiesten por esto ó por aquello; todo lo cual constituye la vocación del individuo, que no debe contrariarse, á ser posible, si buscamos su felicidad.

Pocos son los talentos universales; pero cada hombre tiene sus especiales aptitudes que, bien dirigidas y cultivadas, pueden producirle una suma inagotable de bienes.

Por desatenderlas, sucede á veces que, el joven á quien dedicamos al sacerdocio, hace un mal cura y haría un buen guerrero; el militar, sin amor á las armas, un excelente abogado; el médico ramplón, un gran maestro, etc.

Deje á sus hijos que se vayan preparando, si aún no lo están, para ingresar en la segunda enseñanza. En el tiempo que dure el aprendizaje de ésta, estúdielos usted; sorpréndalos en sus manifestaciones; véalos en sus juegos, en sus inclinaciones, en sus deseos, en sus estudios; consulte con sus Profesores, y entonces, sólo entonces, bien asesorado, sin dudas, sin celos, llévelos por el camino que más les agrade seguir, si en él han de encontrar el bien apetecido.

Estoy seguro que D. Fernando es de mi opinión, y, porque así lo creo, esta tarde á las seis iremos juntos á visitarle y á oírle. Con que... hasta después.

—No faltaré, Doctor. ¡Hasta la tarde! y... ¡gracias!

MANUEL M. TAMAYO



Lo más negro.

Sobre cuál era más negro,
Tremenda disputa armaron
El Negro de humo y la Tinta
Contra el Carbón y el Asfalto.

Cuántas cosas se dijeron
Los cuatro allí, ponderando
Las más negras cualidades
Que apreciar cabe en lo humano!

Y hubo al fin de convenirse
Que son muy negros los cuatro,
Pero es más negro que todos
El corazón de un ingrato.

EZEQUIEL SOLANA.



HAZ BIEN...

Terrible inundación había asolado una de las provincias de España.

Campos arrasados, pueblos destruidos, numerosas víctimas...

Verdaderamente era tristísima la lectura de los periódicos que describían aquella catástrofe.

La Maestra del pueblo de Z. quiso despertar en sus discípulas el sentimiento de caridad que nos induce á socorrer al prójimo, y al terminar la clase de la mañana hizo á las niñas un ligero relato de aquellas desgracias y leyó los párrafos más conmovedores, notando con cuidadoso interés los rasgos de heroísmo y abnegación de las personas que habían podido salvar la vida de algún desdichado, así como la prontitud con que algunas personas y entidades organizaban medios para socorrer á los perjudicados.

¿Queréis asociaros á esta buena obra?, preguntó á las niñas.—Sí, sí, gritaron todas.

—Bueno, pues hagamos una suscripción. Yo la encabezo y vosotras la continuáis. Espero que todas traeréis lo que vuestros padres os den. Las que sois pobres, poco; las ricas, más; pero sentid todas verdadero deseo de unir vuestra ofrenda á la de las personas caritativas.»

Al abrir la Escuela por la tarde, la Maestra encontró á las niñas deseando cada cual ser la primera en entregar su óbolo. La Profesora, sonriente, fué anotando las cantidades que recibía. Al terminar, dió las gracias y dijo: «Hijas mías, Dios que lee en el fondo de vuestros corazones, recompensará vuestra bella acción».

Fijóse entonces en una niña que permanecía á la puerta, y dirigiéndose á ella preguntó: —Y tú, Luisita, ¿no traes nada?—Sí, contestó tímidamente la niña.—Pues ¿por qué no vienes?—Es... que mi madre no tiene dinero y... como yo no quería venir sin nada, le he pedido este huevo que acaban de poner nuestras gallinas... —Bien, hija mía; pero tú comprenderás que esto no puede enviarse. Yo te lo compro. Toma veinticinco céntimos y da ahora lo que quieras.—¡Ojalá se volvieran veinticinco duros, y diciendo esto entregó el *real* que acababa de recibir.

Pasaron diez años. Un día la Profesora se vió sorprendida por la visita de un apuesto militar acompañado de una hermosa joven.—¿Se acuerda usted de mí?, dijo ésta.—Luisa, hija mía, ¿eres tú?—Sí, señora; y este es mi marido... Que viene á ofrecerse á usted como su más humilde servidor, interrumpió el aludido.—Gracias, cuenta, Luisa, cuenta.—«Ya sabe usted que hace cinco años nos marchamos á la capital con objeto de dar algún oficio á mis hermanos. Como usted me había enseñado

al corte y confección de ropa blanca, me dediqué á coser. Con motivo de encargarme unas camisas, fué á casa Antonio y...

—Ahora me toca á mí, dijo éste. «La primera vez que ví á Luisa me impresionó su belleza. Después me admiró su laboriosidad, y como necesitaba frecuentemente ropa, que personalmente encargaba, me agradó su trato. Yo hallaba siempre medio de prolongar mis visitas. Una tarde, Luisa me refería recuerdos de la Escuela donde se había educado, y con gran interés me narró cómo usted había interesado á las niñas para que socorrieran á las infelices víctimas de la inundación de 18... Con qué emoción oíría yo el relato puede usted comprenderlo sabiendo ahora que en aquella horrible catástrofe perecieron mis padres y hermanos y se hundió mi casa. Yo me salvé milagrosamente, y á la compasión de un militar distinguido debo mi carrera, y á la generosidad de las personas que acudieron en nuestro auxilio una casa que me regalaron... Aquella tarde me decidí, y pocos meses después celebrábamos nuestra boda...

Ahora lo que no sé es si mi Luisa considerará mi cariño como la recompensa que usted prometía á sus discípulas... A lo que jovial y cariñosamente contestó Luisa:—«¡Mayor recompensa que la que yo podía soñar», y dirigiéndose á su Profesora, añadió: ¡Bien nos decía usted muchas veces que *Dios da ciento por uno!*

ELISA GARCÍA Y GARCÍA.



HIGIENE SOCIAL --Algo sobre los efectos del alcoholismo.

La higiene, lector amigo, es como el ahorro de la vida. El que tiene un capital y lo malgasta, se queda pronto sin él; el que ahorra, lo aumenta y no empobrece. Lo mismo ocurre con la vida; el que observa la higiene, ahorra vida y vive mucho; el que la olvida, se queda pronto sin ella. Pero hay una diferencia: el que derrocha un capital puede aspirar á rehacerlo con el trabajo y las ganancias; el que derrocha el capital de su vida no puede aspirar á recuperarla: muere sin remedio. ¡Qué necios somos no observando la higiene!

A la higiene se falta de muchísimos modos, casi siempre sin saberlo. ¿Y no es una pena que el hombre derroche neciamente el capital de más valía, que es su vida?

Entre los infinitos modos de perder lentamente la vida, uno de los más comunes es el abusar de las bebidas alcohólicas. El que se emborracha, no solamente pierde la dignidad, sino que acorta su existencia. Sin darse cuenta se envenena, porque las bebidas alcohólicas (aguardiente, ron, licores, etc.), son un veneno. El mismo efecto hacen la cerveza y aun el vino en grandes cantidades.

El alcoholismo trae al hombre grandes daños. El alcohólico se ve atacado de temblor per-

sistente; pierde el apetito y el estómago; sufre enfermedades del hígado; se embrutece y va camino de la locura.

Oid este dato desconsolador: de cada 100 locos se ha comprobado que 16 son producidos por el alcoholismo. ¿No queréis enloquecer? ¡Pues no toméis bebidas alcohólicas!

Ved este otro dato: de cada 100 que se suicidan, 12 se suicidan por efecto del alcoholismo. ¿Queréis no exponeros al suicidio? Pues huid de las bebidas alcohólicas.

Estudiando los crímenes que se cometen, se ve también que en aquellos sitios ó provincias donde hay más borrachos, se cometen también más delitos, y se ve también que hay más mortalidad.

He aquí algo de lo mucho que podría decirse de las bebidas alcohólicas: pérdida de la salud, pérdida de la razón, pérdida de la vida...

Por eso la higiene rechaza las bebidas alcohólicas: ¡Niños, huid de ellas! ¡Hombres, cuidado de no emborracharos! Es una indignidad y es un envenenamiento.



La probidad.

El pobre Alejandro, niño de diez años, hijo de un honrado bracero, se halla sentado al pie de un árbol llorando amargamente.

Acertó á pasar en aquel momento un cazador que denotaba por su porte ser un hombre rico. Reparando en las lágrimas y en la tristeza del pobre Alejandro, se le acerca y le interroga:

—Dime, hijo mío, ¿qué te ocurre para llorar así?

—¡Ay, señor!—dijo el niño,—me han enviado á pagar una cuenta en la botica, y he perdido el bolsillo con el dinero. No había más dinero en mi casa, y mis padres tendrán un gran disgusto.

Al oír esto el cazador, sacó de su bolsillo una bolsita de seda encarnada, por entre cuyas mallas se veían brillar algunas monedas de oro, y enseñándosela á Alejandro, le dice:

—Vamos, no te apures, que yo me le he encontrado ahí adelante; ¿no es este tú bolsillo?

—¡Ah! No, señor; mi bolsillo no era tan bonito ni tenía dentro tanto dinero.

—Entonces será este otro,—dijo el cazador sacando otro más modesto y con sólo una peseta y algunas piezas de cobre.

—Sí, señor; sí, este es,—gritó Alejandro lleno de alegría—este es mi bolsillo. ¡Cuánto os agradezco que me lo devolváis!

Al entregársele el cazador, le dijo: Eres un muchacho honrado, y por ello, no sólo te entrego tu bolsillo, como es justo, sino que te doy este otro con el dinero que contiene, en premio á tu honradez.

LUIS GALAN.

— PASATIEMPOS —

EL AJEDREZ: su origen é invención; un problema curioso.

Cuentan las antiguas crónicas indianas que, en las orillas del Ganges, había un rayá ó maharayá, en fin, un príncipe déspota, cruel, incorregible y feroz, espanto de sus súbditos y escarnio de la moral y del derecho. Su nombre era Sherán.

Quiso el Brahman Sessa modificar, si era posible, aquel despótico carácter, haciéndolo de modo que no provocase las iras del tirano. A este fin, con el artificio y combinación de unas piezas ó figuras y un tablero cuadrículado, y con los diversos movimientos de ellas, vino á simbolizar cuánta ha de ser la prudencia en los príncipes para gobernar y cuán necesitados están siempre de la ayuda y cooperación de sus vasallos y de cuantos les rodean.

Y en efecto, siendo el *rey* la pieza principal y el objetivo de todo el juego, es lo cierto que sus movimientos se hallan concertados de tal modo, que han de ser siempre lentos, prudentes y protegidos además por los peones, ayudados de los buenos oficios de la *reina*, *torres*, *alfiles* y *caballos*.

Quiso el príncipe demostrar á Sessa su agrado por tan bella y discreta invención, instándole (cosa nunca vista en el tirano!) á que pidiese una recompensa.

Y aquí volvió Sessa á demostrar la sutileza y sagacidad de su ingenio, pidiendo una al parecer modesta y casi mezquina, pero de tal magnitud, que ni el príncipe Sherán, ni todos los monarcas asiáticos juntos podían satisfacerla.

Pidió Sessa un grano de trigo por la primera casilla del tablero, que tiene 64; dos granos por la segunda, y así, duplicando siempre, hasta llegar á la última.

Corto pareció el premio á Sherán y mandó en el instante satisfacerlo; pero al tratar de llevarlo á cabo, hallaron que todos los graneros de la India juntos con los de la Persia y la China apenas podían cubrir una pequeña parte de la petición.

¿Tendrán paciencia ahora para decirnos nuestros amables lectores cuántos hectolitros de trigo, ó cuántos kilogramos (nos da igual), pidió Sessa?

Nosotros, para ayudar sus cálculos y también para que haya uniformidad en las soluciones, daremos estos datos de nuestra cosecha: Cada 32 granos de trigo pesan un gramo. Cada centilitro tiene también aproximadamente 180 granos. Tomemos estos datos como exactos y resolvamos el problema. Con que, estimados lectores, al grano, ¡al grano!



CHARADA

Todo es *primera tercera*,
mas no el *todo* que has de hallar.
Mi *segunda* es un pronombre;
la *tres* nota musical.
Es el *todo* renombrada
española capital.

LOGOGRIFO

1	2	3	4	5	6	7
3	5	6	7	1	2	
1	4	7	6	2		
3	4	6	5			
1	4	7				
3	4					
7						

1.º Nombre de mujer: 2.º conjunto de animales: 3.º música guerrera: 4.º apellido de un guerrillero español: 5.º medida del tiempo: 6.º nota musical: 7.º vocal.



Soluciones al número anterior.

CALCULAR LO QUE ANDA UN CARACOL

Solución: El caracol sube 40 cm. en cada tres cuartos de hora y baja 15 centímetros en el último cuarto de hora; es decir, que cada hora gana realmente 25 cm. de altura en la pared. Tiene ésta 22 metros, y si restamos los 40 cm. que sube de una vez, quedan 21,60 m. Como cada hora gana 25 cm., tardará en subir esa altura $\frac{216}{25} = 8\frac{6}{5} + \frac{10}{25}$; es decir, que en 86 horas habrá subido 21,5 metros, quedándole todavía 50 cm. Ahora bien, subirá 25 cm. en la hora siguiente, quedándole 25 cm., que subirá de una vez y sin volver á bajar; sabemos que sube 40 cm. cada $\frac{3}{4}$ de hora, ó sea cada 45 minutos; luego para subir 25 cm. empleará $\frac{45}{40} \times 25 = 28\frac{1}{8}$, ó sean 28 minutos y 75 segundos. Como el caracol no vuelve á bajar, resulta que ha empleado en subir hasta el clavo 87 horas, 28 minutos y 7,5 segundos. Comenzó á subir á las ocho de la mañana del día 3 de Septiembre, y terminó su ascensión 87^h 28^m y 7,5^s después, que son 3 días (72 h) 15^h 28^m y 7,5^s, ó sea el 3 de Octubre á las 23^h (8 + 15) 28^m y 25^s, ó sea á las 16^h 28^m y 7,5^s de la noche del 3 de Octubre.

Obsérvese que si dividiéramos los 22 metros por los 0,25 que avanza cada hora, tendríamos 88 horas, resultado erróneo, motivado por no tener en cuenta la manera de andar del caracol, que no es continua, sino con avances y retrocesos, y que una vez llegado arriba no retrocede.

Solución á la charada del número anterior:
Atalía.

Imp. Helénica, á c. de N. Millán, P. Alhambra, 3.—Madrid